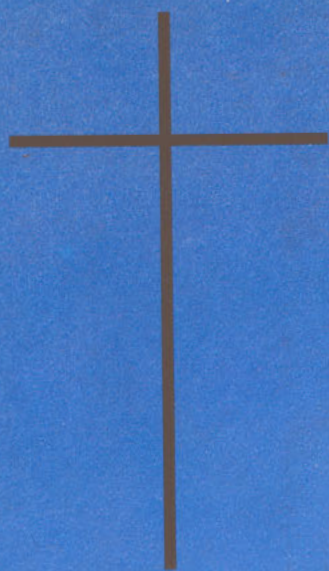




**MEMORIAS
CARDENAL
RAUL SILVA HENRIQUEZ**

T O M O I

A S C A N I O C A V A L L O

EDICIONES COPYGRAPH

La Gran Misión del 63

La primera sesión del Concilio significó un impulso extraordinario para todas las iniciativas de renovación que venían planteándose en la Iglesia. Pese a que en esta etapa los debates habían estado bajo secreto, mucho de lo que había ocurrido en el aula conciliar era ampliamente conocido y la prensa se había encargado de romper el muro del misterio. Además, lo que era público, como por ejemplo la aprobación de profundas reformas litúrgicas, constituía un signo inequívoco de que la Iglesia Universal se aprestaba a encarar las tareas de la hora moderna con todas las fuerzas.

El Concilio no fue suspendido por el término de la primera sesión. Por el contrario, Juan XXIII fijó inmediatamente la fecha de la segunda sesión (septiembre de 1963) y a comienzos de año comenzaron a distribuirse desde Roma los materiales para el estudio de los padres conciliares. Juntamente con eso, y en vista de que muchos padres se habían quejado en la sesión de que imperaba cierto desorden y el Presidium se mostraba inadecuado para impedirlo, el Papa instruyó para que se crease una nueva instancia, formada por cuatro coordinadores. Estos serían los encargados de dirigir los trabajos de la intersesión, velar por el respeto a las intervenciones oídas en el aula conciliar y llevar el estudio hacia conclusiones firmes. Los cuatro coordinadores se reunirían, además, con miembros del Presidium y de otras comisiones. Juan XXIII fue sumamente cuidadoso a la hora de equilibrar la composición de este equipo, y este hecho terminaría siendo crucial para el desarrollo de la segunda sesión.

En los mismos días iniciales de 1963, el Papa refrendó su firme voluntad de continuar con la orientación conciliar mediante la carta *Mirabilis iste*, en la que declaraba expresamente que este período debía denominarse de "intersesión" y que el Concilio continuaba, ahora como obra de los obispos y de cada una de las diócesis. La

carta exhortaba a los prelados a mantener, en el ánimo y en el trabajo diario, el espíritu que había animado la primera sesión. Llamaba a no tener miedo, ni a las novedades ni al cambio, porque, decía, “el miedo viene sólo de la falta de fe”.



Juan XXIII recibe al arzobispo de Ucrania, Yosyf Slipyi.

El coraje de Juan XXIII —que fue una de sus más notables características— lo llevó también a delinear una cuidadosa y prudente estrategia hacia los países que habían caído en la órbita comunista, y en particular hacia la Unión Soviética, que no sólo era el eje de esos regímenes, sino también una superpotencia. Gracias a esa diplomacia de silencio y cautela, a comienzos del 63 Moscú liberó al arzobispo Yosyf Slipyi, de Ucrania, que salió tras 18 años de prisión y partió a visitar al Papa inmediatamente. Horas después de ese triunfo magnífico, el Papa accedió a recibir en una audiencia privada a Alexei Adjubei, director del periódico *Izvestia* y marido nada menos que de la hija de Nikita Krushev, Rada. Este gesto inusual sorprendió a muchos en un primer momento: ¿no estaba el comunismo bajo excomunión?. Pronto comprendería el mundo que en la decisión del Papa había un mensaje mucho más profundo y sutil: el hombre, y sobre todo el hombre moderno, debía recordar que la persona humana está por encima de la ideología, el régimen político o la militancia. El Papa, y por extensión la Iglesia, es madre de todos, no sólo de quienes se reconocen como sus hijos.

Sólo unas semanas más tarde, Juan XXIII emitió la encíclica *Pacem in terris*, que fue la primera en toda la historia que se dirigió no sólo a los católicos, sino “a todos los hombres de buena voluntad”. El impacto de esta encíclica fue tremendo. El cardenal Maurice Feltin, de París, diría después que a través de ella se introdujo en la Iglesia un concepto nuevo, “el concepto del tiempo”.

Empezaba con una afirmación rotunda: la paz en la tierra “no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios”. Fijaba, en una cuidadosa escala de valoraciones, los derechos de la persona humana y los deberes del hombre frente a su comunidad, así como las formas, las atribuciones y los límites de los poderes públicos y las entidades políticas.

Afirmaba que la paz, y las correctas relaciones entre las personas y los poderes, sólo podían realizarse en la verdad y en la justicia. Hacía frente a problemas muy concretos, como el de la natalidad, los refugiados y el desarme, y recordaba a los católicos el deber de tomar parte en la vida pública. Concluía bellamente: “La paz ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada, en fin, con la libertad”.

Esta encíclica magistral, que vino a completar y actualizar los principales textos de la doctrina social de la Iglesia, se constituyó rápidamente en el más vivo programa de acción para las Iglesias locales.

En el caso de Chile, *Pacem in terris* advino como una fuente de inspiración y creatividad para los proyectos que ya teníamos en curso, y que, según nosotros, se insertaban plenamente en el espíritu de este mensaje papal, así como en el del Concilio.

Nuestro trabajo estaba ahora centrado en dar cumplimiento a las líneas desarrolladas en el Plan Pastoral de Conjunto, aprobado a comienzos de 1962 por la Asamblea Episcopal. Aunque el Episcopado era explícitamente el responsable de dicho plan, mis propios hermanos obispos quisieron que yo asumiera personalmente la dirección de él, y me confiaron tal deber poco después de mi nombramiento cardenalicio.

El Plan nacía de un diagnóstico que es pertinente recordar aquí, para una apreciación justa de la situación que vivíamos. Tres eran sus puntos principales: los esfuerzos pastorales, siendo muy grandes, da-

ban pocos frutos debido a su dispersión; la influencia global de la Iglesia en la sociedad chilena estaba muy disminuida: aunque un 85 por ciento se declaraba católico, sólo un diez por ciento asistía a misa, y aún esta cifra era discutible; las nuevas corrientes ideológicas habían contribuido a debilitar esta influencia, sin una respuesta adecuada, hasta el punto de que, de cada doce electores, sólo cuatro votaban por partidos católicos y otros ocho se inclinaban por agrupaciones laicas o marxistas.



La Conferencia Episcopal en 1962: 1) Padre Miguel Squella Avendaño, s.j. (administrador apostólico de Arica); 2) Alberto Rencoret Donoso (Puerto Montt); 3) José Manuel Santos Ascarza (Valdivia); 4) Francisco de Borja Valenzuela Ríos (Antofagasta); 5) Juan Francisco Fresno Larraín (Copiapó); 6) Eduardo Larraín Cordovez (Rancagua); 7) Guillermo Harl de Laufen (Araucanía); 8) Manuel Sánchez Beguiristain (Los Angeles); 9) Francisco Valdés Subercaseaux (Osorno); 10) Pedro Aguilera Narbona (Iquique); 11) Vladimiro Boric Crnosija (Punta Arenas); 12) Eladio Vicuña Aránguiz (Chillán); 13) Francisco Gillmore Stock (Castrense); 14) Polidoro Van Vlierberghe, o.f.m. (Illapel); 15) Arturo Mery Beckdorf (Coadjutor de Concepción); 16) Alfredo Silva Santiago; (Concepción); 17) Raúl Silva Henríquez (Santiago); 18) Manuel Larraín Errázuriz (Talca); 19) Bernardino Piñera Carvallo (Temuco).

Se identificaban tres grandes causas de esto. La primera era el notorio divorcio de la Iglesia y de muchos de sus hombres con los problemas del mundo real; la Iglesia actuaba de hecho como si fuese una "mayoría" aunque todos los indicios estadísticos revelaban que en la práctica era una "minoría". La segunda era la ausencia de un plan de conjunto, que anulase la dispersión. Y la tercera era un enfoque apostólico predominantemente clerical, que no daba importancia ni dejaba espacio a la acción de los laicos.

Había una precisión más importante: "Llamamos *cristiandad* a un país en que los principios católicos inspiran la acción de los hombres y de las instituciones, aun cuando haya personas que no compartan nuestra fe. En una cristiandad, el ambiente favorece y estimula la práctica religiosa de los individuos. Llamamos país de *misión* al caso contrario: un país en que la mayoría de los hombres y de las instituciones no se inspiran en principios cristianos ni favorecen, sino más bien son contrarios, a la práctica de la minoría católica. *Es el caso de Chile hoy día*".

El estado de misión, pues, fue declarado formalmente a través de este Plan que todos los obispos chilenos suscribieron. Por él se quería crear un movimiento centrípeto, para fortalecer la formación pastoral de los hombres de Iglesia, y un movimiento centrífugo, hacia el mundo que se construía, comprometiendo fuertemente a los cristianos a través de todos los medios disponibles.

Para echar a andar esta idea, el Plan Pastoral se dividió en dos partes: un Plan de Gobierno, que instaba a todas las diócesis a crear departamentos especializados (obrero, juvenil, empresarial, asistencial, etcétera) y a dividir su trabajo en terreno a través de formas nuevas, como las zonas, los decanatos y las agrupaciones parroquiales. El otro aspecto era el Plan de Acción, que promovía la creación de una central de difusión, la formación de laicos militantes en todos los ambientes y, sobre todo, la realización de una Misión General durante el año 1963.

Como responsable del Plan de Conjunto, fui el primero en impulsar la Misión, en Santiago. A cargo de la planificación quedó el vicario general Enrique Alvear, quien debía disponer los recursos de la Arquidiócesis para llevar la Misión hasta los dos millones 300 mil habitantes que entonces tenía Santiago. Pieza clave de la estructura sería el Departamento de Formación y Difusión Social del Arzobispado, un organismo que habíamos creado en julio de 1962 con la expresa función de difundir la doctrina social de la Iglesia, y que bajo la dirección del buen padre Santiago Tapia llevaba casi un año formando propagandistas, monitores y comunicadores; esa institución, que es más conocida como Indiso, ha cumplido hasta ahora una noble e incansable misión. El padre Jorge Gómez Ugarte, mi antiguo compañero de aventuras y sacrificios en la creación de la FIDE y el desarrollo de la CIEC, a quien nombré también como mi vicario general para todos los problemas de la educación, se haría cargo de movilizar a los colegios católicos, que eran una de nuestras fuerzas principales.

Las tareas preparatorias tomaron gran parte de 1962. Mientras yo asistía a los debates de la primera sesión del Concilio, mis vicarios se movían en Santiago afanosamente como laboriosos arquitectos, construyendo la red en la cual se sustentaría la Misión. Gran parte de ese diseño estaba ya listo cuando finalmente pude regresar de Roma.

Se trabajó sobre un esquema de tres fases. En la primera se cubriría toda la zona rural de la Arquidiócesis, durante el verano del 63; en la segunda, en abril, se abarcaría la zona costera; y desde septiembre hasta el verano del 64, se desarrollaría en la zona urbana.

La etapa rural comenzó el 7 de enero de 1963, bajo el lema "*Tú... ¿sabes que Dios te quiere?*". Más de mil misioneros fueron comprometidos en este trabajo. Entre ellos figuraba todo el clero, secular y religioso, que actuaba en las zonas rurales; todas las monjas y todos los militantes laicos, de distintas organizaciones, que fue posible enrolar. Como en las otras fases, estos misioneros tuvieron un mínimo de diez sesiones de formación, donde se les detalló el Plan Pastoral de Conjunto, se les entregó formación sobre pastoral parroquial y se les instruyó sobre el papel de los laicos, la doctrina social, los sacramentos e incluso algunos temas morales.

Desde enero hasta marzo, los misioneros visitaron más de 20 pueblos y pequeñas localidades. A lo largo y ancho de los campos de la Arquidiócesis, la Misión llevó el soplo de una Iglesia movilizada con todas sus fuerzas. Y se notó de inmediato.



11 de febrero de 1963: el cardenal Raúl Silva Henríquez visita el Santuario de Lourdes, en Viña del Mar, acompañada por el arzobispo-obispo de Valparaíso, Emilio Tagle, y el padre pasionista Modesto Seoane, rector del Santuario.

En muchos lugares se realizaron foros con los campesinos, en los que se abordaron sus propios problemas: la salud, la vivienda, el trabajo, el alcoholismo, las condiciones de vida. En otros hubo innumerables charlas especializadas, sobre el matrimonio, la natalidad, la educación, el cooperativismo. La doctrina social de la Iglesia comenzó a ser conocida por sectores que nunca antes habían siquiera sospechado que existiera tal cosa. Los misioneros enriquecieron su propia visión de los problemas a través de una convivencia diaria en los hogares campesinos. En muchas de esas parroquias, hasta entonces pobres y solitarias, se estimuló la creación de departamentos especializados que pudieran atender las necesidades más urgentes de la grey: el culto, la catequesis, la asistencia social, la asesoría laboral.

Sin embargo, a pesar del notable éxito en materia de re-cristianización, de sus visibles e inmediatos efectos sobre la vida de la Iglesia, los ataques no se dejaron esperar. Ciertamente si ellos se producían por otros motivos, en cuyo caso la Misión era un mero pretexto, o si algunos aspectos de la Misión exacerbaban a algunos católicos que hubiesen preferido una Iglesia más pasiva, como la que venían conociendo.

Para sostener esto último, por ejemplo, conviene recordar que hasta entonces la práctica "misionera" en las zonas rurales la debía llevar la Iglesia a través de los propios patrones de la tierra. En casi todos los fundos era normal que el padrecito de la región le pidiera permiso a los patrones para ingresar a los fundos unas cuantas veces al año, generalmente por una semana, con el fin de realizar todos los servicios e impartir los sacramentos que se necesitara. Después, el padrecito se veía obligado a desaparecer del lugar por varios meses. La propia práctica de tener una capilla con un sacerdote viviendo en las haciendas, que fue frecuente en el gran latifundio del siglo pasado, había ido desapareciendo con el paso del tiempo.

Ahora, en cambio, los misioneros llegaban a los campos con el mandato del arzobispo, sin el permiso de nadie, y conforme a grandes líneas centralizadas, que ya no eran dispuestas por los patrones. Se discutía, además, sobre los problemas de los campesinos, cosa que incomodaba a los propietarios socialmente menos conscientes. Y se creaba, finalmente, un nexo permanente entre las comunidades rurales y sus pastores, el Arzobispado en particular y la Conferencia Episcopal en general.

Este podía ser un motivo de resistencia. Lo curioso, sin embargo, es que a comienzos de 1963 no recibí reproches por esto, sino por mis intervenciones en el aula del Concilio.

El cardenal Alfredo Ottaviani había considerado inconvenientes mis opiniones contrarias al esquema de las fuentes de la revelación (que había redactado su comisión) y se mostraba preocupado porque, al propiciar la integración del esquema sobre la Virgen en el esquema sobre la Iglesia, yo exhibía, a su juicio, una posición adversa a la Madre de Dios.

Respondí la carta del cardenal Ottaviani en términos muy corteses, pero reteniendo mis puntos de vista. Argumenté extensa-

mente sobre lo que creía mejor para la vida de la Iglesia, y me quedé tranquilo. Pero pronto comencé a saber que la carta que me había enviado el cardenal Ottaviani era conocida por muchas más personas, y en especial por numerosos obispos de América Latina y de Italia. En México, por ejemplo, copias de la misiva habían llegado a casi todos los prelados del país, que no eran poco numerosos: parecía, no un mensaje privado, sino una verdadera circular.

La situación me pareció tremendamente anómala. Y estaba pensando qué debía hacer cuando recibí otra carta, esta vez del Santo Oficio (del cual el mismo cardenal era secretario), con una firma ininteligible, en la que se me planteaban fuertes acusaciones sobre los resultados parciales que estaba teniendo la Misión General.

Curiosamente se trataba de imputaciones muy inespecíficas, que no daban detalles de nada. Se decía que la Misión se estaba realizando en medio de una fuerte oposición; que sus contenidos eran motivo de escándalo entre los fieles; que se había abandonado toda la predicación mariana, incluso hasta el grado de retirar imágenes de la Virgen en algunos lugares; y que el Sermón del Buen Samaritano había sido empleado con intencionalidad política.

Por supuesto, era notoria la coincidencia de algunas de esas acusaciones con las que me había hecho de manera directa el cardenal Ottaviani. Contesté la carta del Santo Oficio punto por punto, a fines de marzo. "La Misión General... se ha desarrollado con un éxito extraordinario, que ha superado nuestras mejores expectativas, en el sector rural de la Arquidiócesis. Ha abarcado una población de cerca de 300 mil almas y han participado en ella miles de misioneros.

"Esta misión constituye el esfuerzo misionero más grande de que se tenga memoria en nuestra Arquidiócesis.

"La Misión ha afrontado algunas oposiciones: luchan contra ella abiertamente o en forma solapada dos sectores: los comunistas y los patrones de algunas grandes haciendas".

Hice notar que no había en el texto ninguna denuncia seria: sólo rumores que "no tienen tanto la buena intención de corregir algún desvío o error en caso de que se hubiesen cometido, sino de obstaculizar la acción pastoral, por motivos que me parece que no son los mejores".

En cuanto a la piedad mariana, anoté que la predicación tenía

un temario Cristo-céntrico ("se ha dado a Nuestro Señor y a su mensaje de salvación el primer lugar"), pero que la devoción por María estaba continua y diariamente presente a través del Rosario. "Se requiere que la devoción a la Beata Virgen esté íntimamente ligada a la de Nuestro Señor Jesucristo, como enseña y hace la Iglesia en la devoción al Santo Rosario".

¿Retiro de imágenes? Podría tratarse de algo ocurrido en una parroquia suburbana, donde se sacó una estatua de Santa María Goretti, no de la Virgen. El hecho fue superado y, en todo caso, la parroquia no era secular, sino de una benemérita Congregación. Sobre el Sermón del Buen Samaritano: "Con los datos que esa Sagrada Congregación me entrega, y dada la timidez de su informante anónimo, no me es posible hacer ninguna investigación".

"La Misión", concluí, "no ha producido escándalo sino en los enemigos de la Iglesia; en cambio, en todo el pueblo cristiano ha dejado un edificante y religioso recuerdo, junto con los santos propósitos de una renovación en Cristo y de un mayor trabajo de fe y apostolado".

Para subrayar este punto, hice notar que la propia Santa Sede acababa de reconocer esta tarea: por esos días, don Manuel Larraín había conseguido que el encargado de la Misión, mi vicario Enrique Alvear, fuese nombrado como su obispo auxiliar en Talca. (El propio don Manuel, adelantándose y con gran humor, en esos días me había pedido que se me pasara "el enojo por el robo de su vicario... Creo que es una de las contribuciones que un hijo de Talca debe pagar a su tierra").

Con todo, el intercambio con el cardenal Ottaviani y con el Santo Oficio me produjo inquietud. Así que escribí también al secretario de Estado, el cardenal Amleto Cicognani, para ponerlo al tanto de la extraña situación y contarle que "hasta este momento, no he querido dar a conocer a nadie mis respuestas, porque entiendo que estas polémicas no hacen bien a la Iglesia ni son edificantes". Pero, en vista de lo anómalo de las comunicaciones, le pedí que diera a conocer todos los documentos pertinentes al Santo Padre.

Y me guardé este inesperado tropiezo para mí solo.

Entretanto, en abril la Misión se trasladó hacia la costa, empezando por Lo Abarca y Santo Domingo, para luego trasladarse al puerto de

San Antonio y sus localidades aledañas. En esta fase se pusieron en marcha más de 200 misioneros, dirigidos por el padre Pedro Castex. Junto con iniciativas semejantes a las de las zonas rurales, aquí se ensayaron también formas nuevas: las predicaciones radiales del padre Florencio Infante, que luego eran comentadas por grupos de familias; y los radioteatros sobre temas puntuales, preparados por el Movimiento Familiar Cristiano. La función de los laicos fue reforzada mediante la creación de juntas decanales en las que se incorporó a un laico por cada parroquia o comunidad de barrio.

Esta parte de la Misión sufrió también ciertas perturbaciones ajenas, la principal de las cuales fue la elección municipal que tuvo lugar en abril.

En esos comicios, que constituyeron un preludio de la campaña presidencial que comenzaría anticipadamente a mediados de año, la Democracia Cristiana obtuvo un resonante triunfo por sobre todos los otros partidos: con más de 450 mil votos, se constituyó en la primera fuerza electoral, a la cual sólo podía hacer sombra la coalición socialista-comunista, que en conjunto llegaba a 470 mil votos. Esto significaba que el PDC tenía ya la primera opción para las elecciones siguientes.

Informando sobre estos resultados al sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Angelo Dell'Acqua, con quien habíamos desarrollado una gran amistad durante mi nombramiento cardenalicio, anoté que a mi juicio esto era "altamente beneficioso para la Iglesia", por una razón concreta: "Es la primera vez, desde hace muchos años, que un partido católico obtiene la primera mayoría del electorado". Quería decir que el mensaje de la Iglesia, aunque fuese filtrado por una óptica política particular, estaba recuperando su vigencia; igual habría sido mi opinión si otro partido de raíz y vocación católica hubiese logrado lo mismo.

Agregué que con toda probabilidad se configuraría un escenario con tres candidatos; uno de derecha, uno social-comunista y otro del PDC. En cualquier caso, la tendencia de los partidos católicos anularía las posibilidades del PC, que era lo más temido. "Por eso yo creo", escribí, "que la posición de la Iglesia debe ser de dejar a los políticos que obren confiando en su capacidad y en el buen Dios, que no nos desampara. Ponernos nosotros a dirigir la política activa, señalando alianzas o unión de partidos, creo que sería altamente peligroso, y, a mi modo de ver, haría perder a la Iglesia la situación que actualmente tiene y que en este momento juzgamos tranquila y sin grandes amenazas inmediatas".

Anotaba que estas advertencias eran necesarias debido a la insistencia de algunos sectores en forzar la intervención de la Iglesia, especialmente en favor de los grupos conservadores. Lamentablemente, esta había sido una conducta reiterada por parte del nuncio de entonces.



El nuncio Gaetano Alibrandi.

Monseñor Gaetano Alibrandi era una buena persona. Doctor en Teología y Derecho, tenía una notable carrera diplomática, por la cual había llegado a ser internuncio en Indonesia, hasta que el Papa Juan XXIII lo creó arzobispo y lo envió a Chile, a suceder a don Opilio Rossi. Sin embargo, Alibrandi sentía una indisimulable simpatía por la causa conservadora y creía que su opinión debía superar en influencia a la de los propios obispos.

Justamente en esas fechas debían realizarse varios nombramientos episcopales. Y, a la vista de que, extrañamente, rompiendo la tradición en estas materias, no éramos consultados, fui a hablar con él para representarle la preocupación de los obispos chilenos. Mi visita no le gustó nada. Dijo, textualmente, que las opiniones del Episcopado "no me merecen fe". Contesté que esto me parecía mal, porque el Episcopado daba su parecer sólo por el bien de la Iglesia.

—Si la Asamblea Episcopal rechaza a un candidato, puede estar cierto de su ineptitud —dije—. En cambio, si lo aprueba, puede darse que su parecer deba ser rectificado.

Pero esta observación tampoco le importó. Mientras tanto, sedes tan importantes como la de Concepción permanecían vacantes, debido a la indecisión para efectuar el nuevo nombramiento. Don Alfredo Silva Santiago había renunciado a ella al concluir la primera sesión del Concilio, pero después de casi seis meses continuaba sin sucesor. (Finalmente, a mediados de año, la Santa Sede nombró a don Manuel Sánchez).

No eran los únicos problemas. Varios obispos se sentían excluidos por el nuncio, ya no sólo en materia de nombramientos, sino también en las acciones y las decisiones. El nuncio tenía sus preferencias tan marcadas, que sólo escuchaba a quienes le parecían ser de su misma línea.

El resultado de todo esto fue que en mayo, cuando la Conferencia Episcopal se reunió para elegir directiva... resulté nominado yo, con 21 votos contra 3 de don Alfredo Silva Santiago. Aunque la votación parecía normal, porque había cierta costumbre de que el arzobispo de Santiago presidiera la Conferencia, es un hecho que mis hermanos obispos habían votado también en contra de la gestión anterior y del papel que estaba jugando el nuncio.

En vista de esos nuevos trabajos, en ese mismo mes me decidí por fin a pedir dos obispos auxiliares para Santiago, una necesidad que había pospuesto hasta familiarizarme con la Arquidiócesis y hasta no conocer mejor las posibilidades de la Santa Sede. Como creía llegado el momento, envié las ternas respectivas para los dos cupos, y me quedé esperando la respuesta. Me quede esperándola por muchísimo tiempo, en verdad: tres años. Más tarde vendría a comprender las razones.

La Gran Misión continuó avanzando, espléndidamente, por todos los rincones de la Arquidiócesis. Cuando concluyó en la zona costera, se trasladó hacia la parte urbana, donde tomó cinco meses.

Su resultado fue extraordinario. Once mil laicos fueron preparados y trabajaron activamente, codo a codo con la totalidad de los sacerdotes y las religiosas, usando todos los medios y multiplicando inmensamente su repercusión a través del uso intensivo de los órganos de comunicación de masas.

Primero, la Misión rodeó la capital desde las localidades de San Bernardo y Puente Alto; luego penetró en ella en dirección al centro;

y finalmente se diseminó por los sectores obreros, comuna por comuna, población por población, barrio por barrio.



El cardenal Silva Henríquez saluda a un grupo de escolares, a comienzos de 1963.

Decenas de temas fueron abordados desde la óptica específica de la Iglesia. Incluso la pasión política debió ceder lugar a las preocupaciones sobre el pecado, el infierno, el bautismo, la confesión, el control de la natalidad, el celibato y muchas cosas más. La propia Iglesia obtuvo un muy fidedigno retrato de cómo la veía la grey. Críticas que habían sido oscurecidas por la falta de comunicación con los laicos emergieron con toda su fuerza: el boato, que muchos consideraban contradictorio con la prédica evangélica; la grave distancia entre sacerdotes y laicos; la conducta irregular de los sacerdotes en instancias tan delicadas como la confesión o el sermón; y, en fin, la ansiedad porque la Iglesia se acercara más a sus fieles, viviendo sus penurias y compartiendo sus alegrías. Notablemente, todas estas conclusiones, que revelaban la presencia de una Iglesia viva y actuante, se repitieron en las extensiones de otras diócesis, donde las misiones se fueron realizando durante el 63.

En el nivel de las personas comunes, sin conocimiento detallado de los tremendos cambios internos que estaba viviendo la Iglesia, la Misión fue sin duda el principal acto de revitalización de la fe. Pero ese no era un resultado para detenerse y complacerse en él; era para seguir trabajando.